

jorge calvimontes y c.*

la misión más fácil
del agente 007
análisis crítico de una forma
de diversionismo

Introducción

El fenómeno cultural producido en el seno de la formación social capitalista, es efecto de las relaciones de producción y está estrechamente vinculado con la lucha de clases. Consiguientemente, la imposición cultural busca el fortalecimiento de la clase dominante. Así, el conocimiento, la sabiduría, no son únicamente formas de evasión y exclusión entre dominantes y dominados, también sirven para hacer patentes los desniveles de información entre unos y otros estamentos, adscritos a la mecánica de la institución expoliadora.

A la clase social dominante no le basta con crear sus propias expresiones culturales, al mismo tiempo pone en juego toda una estrategia de aculturación mediante la cual reelabora y mistifica nuevos productos sobre la base de algunas expresiones de la cultura popular, insuflándoles contenidos ajenos con el objetivo final de utilizarlos para reproducirse y fortalecerse en el poder.

Esta fase de la hegemonía cultural expresa la utilización del saber como forma de dominación; el ámbito social en el cual se difunde lo constituyen, naturalmente, las clases y las fuerzas sociales cautivas en aquellos niveles de la cultura, la ciencia y la técnica, como ejercicio profesional elitista para el **modus vivendi** de una clase media intelectualizada, angustiosamente urgida de movilidad social hacia estratos económicamente más socorridos.

* Investigador de tiempo completo del Centro de Estudios de la Comunicación, FCPS. UNAM.

De este modo la producción y la apropiación cultural desarrollada por el sistema se instauran en eficaz apoyo ideológico e incorporan al mercado de las actividades sociales, difusores y justificadores del modo de vida imperante, como profesionales de la cultura.

Esto hace respecto de la **aplicación positiva** del fenómeno cultural la sociedad dividida en clases.

Coetáneamente a este **modus operandi**, se desarrolla otra fase de dominación cultural; podríamos llamarla **aplicación negativa del fenómeno cultural**, por una sencilla razón: no es el saber ni la difusión elitista del conocimiento, la base donde se asienta el fenómeno de la transculturación. Existen sectores de la actividad cultural –desarrollada por el establecimiento– en los cuales, los vehículos de la difusión siguen siendo productos culturales con la diferencia de que su objetivo final no es proponer ni hacer aceptables los valores del **statu quo** por la vía de la asimilación activa o consciente, sino implantarlos por la inoculación de catalizadores letárgicos, cuyo resultado final vendría a constituirse en la cultura de la ignorancia, socialmente redituada en la aceptación, el conformismo o la apatía.

Repetimos, esta forma de dominación ideológica se hace viable también a través de productos o actividades culturales.

Estos podrían ser, entre otros:

a) La forma y el contenido pornográfico, de evidente proliferación en periódicos, revistas, folletines, libros y en la radio, el cine y la televisión;

b) La ociosa ensoñación de historietas hilvanadas en torno de una herología sobrenatural;

c) La trama de la frustración y el arrepentimiento en el mundo del romance extraconyugal, difundida en programas radiales y telenovelas anualmente seriadas;

d) La transfiguración mágica de la truhanería en las novelas de vaqueros;

e) El hipertrófico culto del orden institucional postulado en las novelas policiacas y;

f) La exacerbada propaganda transnacional del agente secreto en las novelas de espionaje, como **factotum** individual de todas las bondades de la democracia occidental.

Hay otras más, sin duda, como las revistas feministas constituidas, en los últimos tiempos, en manuales prácticos para la caza del hombre, o los volúmenes de una supuesta parapsicología tan próximos al disparate, pero menos certeros si se les compara con la ensoñadora metodología del Ananga Ranga.

Para los fines de esta exposición y con el propósito de ejemplificar una particular forma de manipulación basada en la cultura de la ignorancia, algo así como una técnica de drogadicción espiritual,

de evasión y su consiguiente alineación conformista, se ha elegido el aspecto correspondiente a la novela de espionaje.

Por sus peculiaridades el tema del espionaje es altamente sugestivo. Durante varios milenios, el misterio, la intriga sutil y la infiltración en las más secretas instancias del poder o en las cúpulas directivas de organizaciones de iniciados han sido las características de esta actividad, sin cuya presencia en la historia de los pueblos, tanto el desarrollo de las sociedades como el equilibrio entre ellas había sido dificultoso, si no es que unilateral.

Latu sensu, el espionaje corresponde a la búsqueda, a la aproximación y a la posesión de la información. La eficacia del poder dependen del mayor o menor grado de la información poseída. La capacidad potencial de quienes dominan una circunstancia histórica se expresa en virtual prioridad de iniciativas, en estrategias apropiadas y tácticas, previamente planificadas gracias al conocimiento de qué, cuánto y cómo posee o instrumentaliza el campo adverso. En una palabra, espionar equivale a investigar, fundamentalmente cuando el acto de inquirir responde a un objetivo previamente delineado.

La historia del espionaje es tan vieja como la historia de la cultura. Probablemente sus primeras expresiones se producen durante los años cuatro mil y dos mil a. C., periodo en el cual se produce la transformación del hombre prehistórico en el **homo historicus**, como resultado de "sus primeros rendimientos culturales".¹ Sin embargo, los indicios testimoniales de la existencia del espionaje como actividad organizada, nos acercan hasta el año 1480 a. C., cuando Moisés, célebre general israelita, patriarca y santo después, elige a doce hombres representativos de las tribus semitas y los envía a Canán, con el siguiente mandato:

Subid hasta la montaña... y ved la tierra, cómo es, y la gente que vive allí... si son pocos o muchos, fuertes o débiles. Así como la clase de tierras en que habitan... si es buena o mala. Y cómo son sus poblaciones... si viven defendidos por fortalezas o en tiendas de campaña... Fijáos si sus tierras son fértiles o áridas, y si tienen bosques o no... Id con buen ánimo y volved con frutos de aquellas tierras.²

Los informes de los doce espías de Moisés sirvieron para elegir a Canán como la tierra prometida.

En 1451, también antes de Cristo, Rahab, una hermosa y frecuentada ramera, halla la oportunidad de convertirse, por su

¹ Alfred Weber, **Historia de la cultura**, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 28-29.

² La Biblia, Libro de los Números, Cap. XIII, Versículos 18, 19, 20, 121, Madrid, Ed. Católica, 1971, p. 147.

gracia y su fama, en traidora y cómplice de los espías enviados por Josué a Jericó. De este modo no fueron las trompetas de los sacerdotes las que destruyeron las murallas de Jericó, sino la acción quintacolumnista de la bella Rahab, a quien esta intriga pretende también hacerla aparecer como ilustre antepasada de Jesús de Nazareth.³

Quinientos años antes de Cristo, Histiacos decidió alzarse contra el rey Darío, y necesitaba transmitir sus órdenes a su primo Aristágoras que fungía como regente. Encontrándose en la corte de Darío, Histiacos no hallaba el modo más seguro para hacer llegar el mensaje. Herodoto cuenta cómo se hizo:

Histiacos estaba muy ansioso por hacer llegar a Aristágoras la orden para su alzamiento, pero debido a la estrecha vigilancia que se ejercía, encontró solamente una forma de hacerle saber sus deseos. Tomó a uno de sus esclavos de mayor confianza y le rasuró la cabeza sobre la que marcó el mensaje por medio de tatuajes en el cuero cabelludo y esperó hasta que volviera a crecer el pelo. Tan pronto como le creció envió al hombre a Mileto, sin darle ningún mensaje, excepto el encargo de que **“cuando llegues a Mileto, le pedirás a Aristágoras que te rasure la cabeza y te examine el cuero cabelludo”**.⁴

Habría muchos otros episodios para situarlos en las raíces de la estirpe del espionaje, como las incidencias entre Alejandro Magno y Fidias, que en 334 a. C. dan lugar a la aparición del espionaje como censura postal, a las estratagemas puestas en juego entre los grandes generales Escipión el Africano y Aníbal.

El propósito no es referirnos al espionaje en sí, cuyas características, transformaciones o grados de importancia serían más bien objeto de estudio mucho más detenido, como aspecto de significación sociológica. Bástenos mencionar algunos nombres de espías, cuya presencia, en la guerra como en la paz, fue factor significativo. Schusmeister, proveedor de informaciones acerca de los estados emocionales, flaquezas, reciedumbres, propensiones, edades y estados anímicos de los jefes militares que debían enfrentarse a Napoleón; Steiber, considerado como el más grande organizador del espionaje en la Europa moderna, mientras unos lo llamaban el rey de los espías, el príncipe de Bismarck lo llamaba “mi rey de los sabuesos”; Canaris, almirante sin uniforme ni navío, pero uno de los más poderosos hombres de la Alemania nazi, jefe del supersecreto servicio de espionaje alemán; ejecutado más tarde

³ *Ibidem*. Libro de Josué Cap. 2. Versículos 1 al 22, p. 218.

⁴ Kurt Singer, *Espías que cambiaron la historia*. Editorial Diana, S.A., México, 1975, p. 28.

por orden del propio Führer; Gertrudes Zelle, exótica y morena bailarina nacida en Java –tal vez la única morena de todas las espías admitidas por el sistema– conocida mundialmente como Mata Hari; Allen Dulles, largos años jefe de la CÍA; Laurenti Beria, jefe de los servicios soviéticos de inteligencia; Richard Sorge, quien informó acerca de las verdaderas intenciones de Japón respecto a un probable ataque a Siberia y contribuyó de este modo a que la URSS concentrara sus tropas para dar la victoria en Estalingrado; Ernesto Federico Wollweber, ardiente revolucionario y cotidiano organizador de actos de sabotaje contra el eje. La mayor parte de sus hazañas están inscritas en el libro **La noche quedó atrás**.⁵

Bien, en torno a esta actividad del espionaje se ha escrito mucha literatura. Por su estilo, por su tema, hay algunas obras, sin duda, capaces de figurar en el ámbito de las bellas letras. Tampoco se pretende entrar al análisis y la evaluación literaria de tales escritos.

Acometemos la tarea, simplemente, con el propósito de demostrar el engañoso manejo del tema, el empobrecimiento del lenguaje y la evidente finalidad de utilizar como vía de ocioso diversionismo, enajenante y mediatizador, a través de una serie de folletines, que reducen a la exacerbación truculenta y a la explicación de algunas situaciones psicosociológicas, las incidencias del mundo del espionaje que, sin ser inocente desde luego, se ha convertido en mercancía de alto consumo, febrilmente buscada por hombres y mujeres atrapados en el círculo vicioso del diversionismo y de su propia incapacidad para encontrar nuevas y mucho más positivas formas de recreación.

No pretendemos señalar a la novela de espionaje como resultado práctico de una estrategia de dominación cultural, gestada y planificada en los núcleos dirigentes del dominio imperial. No hay puntos de referencia concretos para hacer tales afirmaciones, o al menos no se los ha investigado. Sin embargo, eso es lo menos importante; se trata más bien de señalar cómo el sistema, para suplir sus necesidades de perpetuación, no cuenta únicamente con los recursos de un proyecto propagandístico previamente elaborado. En sus diferentes subproductos conjugados, probablemente, en los complejos ámbitos de su intercambio industrial y comercial, estos subproductos generan aparatos de diversionismo ideológico, cuyos máximos logros van más allá de la plusvalía económica, cuando apuntalan y explotan las angustias y aspiraciones individualistas e individualizadas de un público lector oscilante, como globo cautivo, en el inseguro entorno de la evasión y la sustitución psicológica.

⁵ *Ibidem*, p. 17.

Tampoco hemos de caer en el despropósito de señalar a la CÍA o al FBI, como brazos ocultos o visibles de una gigantesca maquinaria editorial utilizadora de la narrativa del espionaje y el contraespionaje. Sin embargo, la imagen de esos dos organismos, espontánea o gratuitamente, se legitima, magnífica y embellece como objeto propagandístico.

En lo concerniente a las ediciones en lengua española, la maquinaria editorial de las novelas de espionaje, policiales y de vaqueros, es una transnacional cuya acción abarca España, Colombia, Argentina, Venezuela y México.

Sus folletines se presentan en un mínimo de diez colecciones, con una frecuencia de aparición semanal. Cada uno de los títulos semanales tienen un tiraje de 5 000 ejemplares, lo cual representa 50 000 ejemplares por semana, en conjunto.

El sacerdocio de la violencia

La trivialidad del tema, la trama retorcida, la forzada coherencia entre el relato y sus diferentes fases, el remate —previsto casi siempre en la exaltación de un héroe multiasesino— debieran ser razones suficientes para desinteresarnos del propósito de leer la novelaría del espionaje.

Escuadrñar esos escritos para encontrar sus hilos dentro de la urdimbre de la manipulación ideológica, podría darnos la idea de estar participando en la dignificación del disparate. No ha de ser, empero, ni tan pretenciosa ni tan trivial la proposición, si esta narrativa, como producto del sistema, se genera y circula en cientos de miles de ejemplares semanales y se entrega a los mercados de gran afluencia masiva, bajo la inocente y atractiva forma de libro, con un contenido, igualmente o mucho más dañino que el narcotráfico. El alcaloide del culto a la heroicidad violenta —junto a las sublitteraturas aliadas, del porno y la fantasía ociosa— convierten en hábito el sopor y la inconciencia de quienes se dejan ganar por esta particular estrategia del diversionismo de masas.

Por otra parte, la industria editorial del espionaje se manifiesta como otro de los tantos renglones comerciales del campo de la iniciativa privada. Sin embargo, más allá de la apropiación de plusvalía, resultante de la comercialización del producto editorial, adquiere singular importancia el intangible proceso de aculturación masiva que presentándose, unas veces, como habituales conductas de escapismo, conlleva otras, a fomentar actitudes pasivas de ensoñación, sustractoras de la realidad y, por lo mismo neutralizadoras.

En la industria de la cultura de masas el consumismo no sólo crea desperdicio, sino que hace de este último, otro elemento de

consumo habitual y reditúa al sistema una variante de sus formas de reforzamiento ideológico, aun cuando sea por la vía, aparentemente inocua, de la instrumentación del disparate.

El mundo de la novela de espionaje no es ni siquiera la apología de lo mágico y divino como justificación de las relaciones predominantes en la sociedad humana. Este se presenta como obra y gracia generada por el arquetipo egolátrico y autosuficiente, cuyas extremidades inferiores se asientan sobre la tierra y cuyo magín se reduce a la función de un aparato transmisor, apto para responder a los estímulos exteriores con la energía muscular de los puños disparados, o las patadas certeramente colocadas sobre el hígado o los testículos de sus adversarios ocasionales.

Ya no es la voluntad divina expresando el derecho natural de las cúpulas gobernantes, sino el dedo del hombre del FBI o de la CIA, accionando sobre el gatillo de la Smith Wesson reglamentaria u oprimiendo el resorte de una resplandeciente navaja.

La historia sagrada ha empezado a reinscribirse, ya no hay más soplo divino para crear al hombre; ahora es el discreto soplo humano del **G-man** disparando un dardo mortífero para derrotar al ángel malo del contraespionaje y hacer vigente el imperio de los justos.

Es la trama de la sangre, la pólvora, el puñal, los rayos laser y el pentotal sódico, sobre un escenario de actores rubios, atléticos y guapetones, junto a la consabida ornamentación de blondas cabelleras, mórbidas redondeces y esculturales talles cautivos en modernos corsés (donde caben, igualmente, las ubres de la "lobita Brigete", el estilete o los pulverizadores de gases letales). ¡Campeonísimos el hombre y la mujer doctorados en ciencias sociales cuando además se adiestran en Quantico para la **praxis** de la sumisión ideológica más rupestre! Devienen en el sacerdocio de la violencia por la vía de las artes marciales, como el **karate** y el **kun fú**, o en la eucaristía cursi de la intriga, el embuste y la traición; todo ello, diluido en el cáliz de los recursos tecnológicos para todo uso y ocasión.

El protagonista principal de una novela de espionaje configura la síntesis ideal de todas las virtudes físicas y morales del héroe hecho conforme al rasero de la axiología básica del sistema social imperante.

Aquí la lucha de clases se expresa en la exaltación del milagro individualista, en la conducta del espía como celoso y eficiente guardián del establecimiento, a cuyo alcance se encuentran todas las ventajas del desarrollo tecnológico, casi siempre con el propósito de frenar o desbaratar las operaciones del contraespionaje, por la vía de un insólito y denodado esfuerzo personal.

El **G-man** depende de sus cualidades personales. Artificiosamente, la agencia de inteligencia o el FBI, aparecen unas veces, como

simples apoyos auxiliares, como fuente proveedora de informaciones deshilvanadas, de fichas dactiloscópicas, retratos hablados, etcétera, los cuales serán después, armados o interrelacionados por el agente encargado de la misión; así como de portafolios con armas y dispositivos ultramodernos, dinero y documentos falsificados. Aparecen otras, por la actitud de sus jefes e inspectores, como mecanismos formal y legalmente limitados, tratando de frenar o disminuir el ímpetu de la acción individual y el curso certero de las “corazonadas” de sus agentes.

El agente encargado de una operación se enfrenta, casi siempre, a las disposiciones de sus jefes o a las reglamentaciones de su institución: la caza de los espías extranjeros o el desbaratamiento de las acciones desencadenadas por agentes de las potencias “detrás de la cortina de hierro”, se hacen posible gracias a la actitud rebelde del heroico espía, o a su acendrado renunciamiento.

Concluido su trabajo y asegurada la tranquilidad de la democracia occidental, el agente es retribuido con una corta vacación; matiza su merecido descanso con la deleitable compañía de una rubia despampanante, reclutada en los clubes nocturnos o en alguna de las incidencias de la agitada y luctuosa misión imposible.

En el mundo en el cual, desde los secretarios de Estado, los sabios y científicos, los técnicos e industriales, hasta los más honorables miembros del senado, son pasto fácil de la alevosa confabulación del espionaje, el agente del FBI, el **G-man** apuesto y valeroso, generoso y desprendido, se yergue, por sus propias pistolas, en el artífice de la vigencia democrática y en el cirujano social, de mano experta y sangre fría, por cuyo renunciamiento y patriotismo se extirpa, a tiempo, el tumor canceroso del comunismo internacional.

Debido a la vocación individual del hombre, enfundado en impermeable fino y un atípico sombrero de fieltro, encasquetado hasta las cejas; o de ese otro, encajado en ceñido **blue jean**, americana al hombro y pistola en mano, la acelerada maquinaria del sistema puede seguir su marcha.

—Me llamo Rossana —dijo ella.

—¿Qué eres?

—Armenia, pero de muy niña fui a Estados Unidos. Por eso trabajo en la embajada norteamericana en Moscú, ya que mis padres me enseñaron, prácticamente todos los idiomas que se hablan en Rusia.

—¿Y qué haces en la embajada norteamericana en Moscú?

—Estoy en el servicio de protección.

—¿Qué significa eso?

–Que si hay que trincar a alguien lo trinco. En el manejo del fusil hay muy pocos que me superan.

Y añadió con voz opaca, con una voz que no tenía matices, indiferente, sin sensibilidad alguna:

–Yo fui la que mató a Purcell.

–¡Queeeeeé!

–Sí –repitió con la mayor tranquilidad, mientras se servía un vasito de vodka– yo fui la que le clavó una bala en la nuca cuando ponía los pies en la embajada norteamericana en Moscú.

–¡Infiernos! Pero tú eres... eres...

–Cumplí órdenes –le cortó secamente Rossana– Purcell tenía que morir para que su misión fuese un éxito. Lástima que el presidente haya decidido que aquello no tiene que servir para nada.

–Pero aquello fue una salvajada. Purcell no era un agente doble... No debía morir... Él nunca pudo ser un traidor... Él no...

–No, no era un traidor –dijo secamente la hermosa mujer con voz dañina. Simplemente pensó que podía ofrecer su vida por algo que valía la pena, y lo hizo.

–Entonces... ¿él estaba de acuerdo en morir? –preguntó el joven con voz entrecortada por el asombro.

–No sólo estaba de acuerdo sino que lo pidió.

–¿Por qué?

–Sufría cáncer en estado bien avanzado. Le quedaba un año de vida, un año durante el cual se iría convirtiendo en un pobre pingajo. Y él lo sabía. Prefirió morir como un hombre un año antes, haciendo además un servicio a su país.⁶

La exaltación del individualismo llega a extremos como éste: toda la eficacia de los cuerpos especializados, la pericia de cientos de agentes, la sangre fría de los perseguidores camuflados como simples viandantes o viajeros, la sistemática tarea de los equipos de rastreo, no se hace sino con el propósito de acorralar y colocar al agente extranjero, a quien se persigue, justo en el sitio donde el héroe del contraespionaje pueda hacer fácil blanco, desde la amplia torre de control de un moderno aeropuerto, por ejemplo. No importa, desde luego, si una media docena de vidas ha sido inmolada en este asedio de tramoya; pues, también se le permite matar al espía acosado; éste, en su escapatoria, deja un reguero de muertos sólo hasta que el inefable Connery⁷ entra en acción.

Veamos cómo lo hace:

⁶ Silver Kane, **Que no se enfrien los muertos**. Barcelona. Ed. Bruguera, Servicio Secreto, 1977. Colección pp. 82-83.

⁷ *Ibidem*, p. 12.

El fugitivo seguía corriendo.

Iba hacia uno de los aviones que estaban en la pista. Si llegaba a trepar a él, tal vez conseguiría huir al amenazar al piloto con la muerte si no obedecía sus órdenes.

Y entonces cualquier cosa podía suceder.

Desde lo alto de la torre de control, Connery se dio cuenta de aquello.

Holmes estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios.

–¡Maldito hijo de la gran perra! –aulló– ¡Lo va a conseguir!

–¡Es imposible, pero lo va a conseguir! ¡Hay que...!

–¿Qué?

No, él no sabía que era lo que había que hacer, pero Connery sí lo sabía. Ni por un instante se había inmutado.

Tomó el rifle de precisión que estaba junto a una de las mesas de control y pulsó el resorte que abría una de las ventanas.

–Holmes barbotó:

No lo conseguirás. Está a demasiada distancia. No lo conseguirás.

Connery había alzado las manos. Parecían de acero. Se echó el rifle a la cara con la precisión de movimiento de una máquina.

–No lo conseguirás.

Quizá Connery no llegó ni a oírle. Y si llegó a oírle no le importó. Con aquel rifle que no tenía ni siquiera mira telescópica, apuntó hacia aquel puntito que era la cabeza de Larky en las inmensas pistas.

Una bala.

Y aquel puntito estalló.

También los proyectiles de Connery estaban cargados con explosivos de mercurio.

Otra bala.

El cuerpo de Larky pareció partirse en dos.

Otra.

De aquella carne salió humo.

Otra. Otra. Otra.

Connery era una máquina vengadora, una máquina sin sentimientos, una máquina terrible. Cuando dejó de disparar, había casi diez yardas de distancia entre los riñones de Larky a la derecha, y el hígado, a la izquierda.

Luego bajó el rifle.

Tenía la mirada perdida.

Sus ojos estaban vacíos.

–Que alguien recoja sus restos –dijo una voz que no parecía humana.

Pero va a necesitar una pala...⁸

⁸ *Ibidem*, pp. 11-12.

Como en los cotos de caza el hombre del FBI se coloca en el mejor otero, exprofeso, y espera pacientemente el cerco y al acoso de la presa, dirigida al lugar donde ha de ser sacrificada. Toda una maquinaria, la del contraespionaje, simple utilería con la cual el ejemplar brillo y la destreza individual del **G-man**, son fúlgidos, rutilantes y devastadores.

La narrativa del espionaje dista mucho de reunir los requisitos más elementales del género novelístico. La exagerada truculencia de sus ambientes y sus personajes, la artificialidad del clima, la disonancia del ritmo y el tecnicolor de sus bambalinas, ocultando un mundo siniestro, unidos a la rudimentaria artesanía de susseudoliteraturas, podrían caracterizarse –con mayor propiedad– como el folletín propicio para narcodependientes en cuarentena, mozalbetes en la edad de ensoñarse emulando a James Bond, muchachas bobaliconas cautivadas ante la versión tecnológica del príncipe azul o, finalmente, para los policías industriales, a tiempo de desquitar el subempleo de sus guardias nocturnas.

No importa tanto, sin embargo, su definición como género o especie literaria. Se trata más bien, de aproximarnos al conocimiento de su contenido ideológico, al esclarecimiento de sus propósitos implícitos y manifiestos.

El tema del espionaje se presenta, aparentemente, como una de las múltiples membranas de un abanico de entretenimiento. Distraer, divertir, apartar nuestra imaginación de “alguna cosa”, para transportarnos al mundo inquietante y apasionado de la intriga y del misterio.

De todas las formas diversionistas, es decir, de las posibilidades de evasión que adereza el sistema, la de las novelas de espionaje se asienta mayormente en la cultura de la ignorancia. Así pues, la figura del héroe, aun cuando sus atributos exigibles sean los del universitario graduado en ciencias sociales, alcanza sus mejores niveles de expresividad y su brillante culminación si sus acciones airoas son el resultado de una perseverante conducta en el culto y la práctica de la violencia y la sumisión.

El héroe gana el reconocimiento institucional **cuando**, incuestionablemente, **obedece**; su eficiencia está íntimamente vinculada con su capacidad para matar, su voluntaria disposición a morir oportunamente, gracias a la ayuda de un cáncer incurable y con la rapidez con que hace descender la temperatura de su sangre a cero grados. Pero, también puede **desobedecer** si se trata de agilizar la operación y superar a sus jefes inmediatos, tardos o pusilánimes.

La cultura de la ignorancia deja aquí establecidos sus parámetros, si a fuerza de conjugarse, cotidianamente, los valores morales encontrados, se deja paso a la ambivalencia de una antinomia que sustenta lo moral y lo inmoral.

Este tipo de cultura tiende a hacer supino el desconocimiento

del asesinato como figura delictiva y lo instituye, en óptima garantía para la preservación de la justicia y la libertad.

Cultivar la ignorancia es instaurar, y hacer aceptable, la eficacia de una tecnología destructora de valores sociales, opuestos al modo de vida del sistema. En tanto se admite, a saco cerrado, o se explica moralmente, la legitimidad de los fines y de los hechos episódicos de la agencia de contraespionaje, se corre el velo de omisión, de negligencia voluntaria, sobre toda posibilidad de análisis o esclarecimiento respecto a la existencia de los opuestos, es decir la del espionaje "rojo", "bastardo" y antidemocrático.

La aceptación del héroe en su papel justiciero y profiláctico, en sus dimensiones de campeón de la libertad, ostenta de este modo, un carácter fideista, impermeable a todo posible cuestionamiento. Su dogma radica en la infalibilidad de sus actos; lo cual, deviene a su vez, del desconocimiento o del simple caso omiso de otras expresiones de la vida humana, tales como la interrelación social, las relaciones de producción, la política y la cultura en sentido estricto.

Esta forma de esconder la complejidad del fenómeno social conduce a formular una visión del mundo aparentemente ociosa, pero profundamente intencionada y prefabricada, a través de la cual, los millonarios siguen siendo millonarios gracias a la heroica lucha de los agentes del FBI; a través de la cual, los presidentes, senadores, diplomáticos y hombres de ciencia, existen, discurren y crean, gracias a la oportuna y ágil diestra de un James Bond, inteligente, atlético, rubio y guapetón. Igualmente, cientos de viajeros cenar y beben en naves intercontinentales, despreocupados y felices, merced a la permanente vigilancia de otros cientos de agentes cuyo anónimo e inadvertido despliegue en las aeropistas, tuvo la virtud de desarticular explosivos y de eliminar a los autores de un fallido atentado, con los certeros disparos de sus armas equipadas con silenciadores. Gracias a ello, los científicos de países socialistas se liberan del yugo del proletariado y ponen su genio al servicio de la democracia occidental.

En todo caso y para hacer redonda la impronta del lavado ideológico, junto al cultivo de la ignorancia y a la exaltación del valor y de la eficiencia individual, también entran en escena los mitos de la superioridad racial y económica: El **G-man** es apuesto; pero rubio; es valiente, pero tiene los ojos azules o verdes; es alto, fornido, pero siempre anda bien vestido y come en los restaurantes exclusivos. Su **partner**, su acompañante, ha de ser, desde luego, de formas esculturales, descalza casi siempre hasta el cuello, seductora, romántica, tierna, agresiva, felina, experta karateca; pero desde luego rubia, rubia como el sol, como la alquimia del brillo engañoso del tinte platinado, rubia en sus orígenes epidérmicos

aun cuando después quiera envanecerse como el broncíneo **slogan** de las playas más lujosas.

La tecnología de la muerte

Los tejedores de la urdimbre novelística en el espionaje cuidan la presencia del lugar común, incluso en cuanto hace a la aplicación de la violencia. De este modo los asesinatos y los homicidios suman y siguen como resultado de la encarnizada lucha entre espías y contraespías. La muerte, precedida de torturas y toda suerte de vejámenes, es elemento recurrente como ingrediente episódico, unas veces como enlace de secuencias en la estructura de la narración otras como lógico y prefigurado remate de la lucha entre los buenos y los malos. En una acción colateral, por ejemplo, tendiente a establecer un punto de referencia para la pesquisa central, pueden tranquilamente acumularse tumulos funerarios de quince o veinte cadáveres.

Ese lugar común hace aceptar como hechos reales los estereotipos del refinamiento asiático y de la precisión tecnológica de occidente. Hay así muertes procuradas por balaceras con silenciadores, por golpes de culata, por cerbatanas superveloces o dardos flamígeros, cuyos materiales, una vez incrustados en el cuerpo se asimilan al organismo, por sustancias venenosas transmitidas a través de las uñas acicaladas de guapas mujeres, por disparos de rayos Lasser y Haser. También ocurren las muertes por suministro de pócimas y pastillas letales, por caídas desde edificios altos, embarrancamientos y precipitaciones, desde todo tipo de naves aéreas como consecuencia de titánicas luchas; muertes en el lecho conyugal o en el extraconyugal, muertes súbitas o ya presentidas.

Aun cuando la elegía de la violencia es brutal por su misma naturaleza, los novelones de espionaje hallan tiempo y circunstancias apropiadas para especular con el morbo de los procedimientos homicidas rudos o refinados.

Habiéndose admitido la muerte como un hecho sustancial a la dinámica del espionaje, no importa tanto, cuántos o quiénes mueren; es más alucinante la intensidad y el modo de administrar la muerte.

Veamos cómo lo hace Brian Clarke, agente del FBI, cuando trata de hacer hablar a dos traidores franceses y vendidos a una potencia eslava:

—¿Por qué asesinaste a tres de nuestros agentes y a Marcel Mauban?

—Por cincuenta billetes grandes.

—¿Quién te los dio? —continúa preguntando Brian.

–Esto ya es otro asunto. No lo sabrá nunca.

–Te equivocas Jacques, lo sabré... o tú morirás.

Tengo en mi mano tu propia pistola. Cuando yo dispare nada podrá evitar que seas tú el blanco elegido. Nadie se enterará.

Te encontrarás muerto... y la policía francesa se alegrará.

¿Quién te los dio Jacques? ¿Quién ordenó la muerte de los agentes y de Marcel?

–No le diré una palabra más.

Brian entornó los ojos, y después apretó el gatillo.

El proyectil se alojó en el hombro de Jacques fracturándole la clavícula. El disparo no hizo más ruido que un simple taponazo de champán. Jacques se estremeció al recibir el impacto, pero de sus labios no escapó ninguna queja.

Pierre cerró los ojos esperando oír el próximo disparo.

–¿Quién te los dio Jacques?

El asesino se mordía los labios a causa del dolor que sentía, pero su cabeza dijo claramente “no hablaré”.⁹ Brian apretó el gatillo por segunda vez, y el proyectil destrozó el brazo de Jacques a la altura del codo...

–Aún te quedan muchos huesos en el cuerpo... y varios proyectiles más en el cargador de tu arma. ¿Hablarás?

–¡No, no hablaré! No por ser fiel al que me ha pagado, sino porque deseo ver saltar al mundo en pedazos y que todos sus habitantes se mueran de hambre y sepan lo que es la suciedad del odio y la muerte. ¡No, no hablaré aunque destroces todo mi cuerpo!

Jacques después de aquella expresión de odio perdió el conocimiento a causa del profundo dolor que le producían sus heridas.

Brian volvió el cañón de la pistola hacia la cabeza de Pierre y lo inmovilizó delante de su frente.

–Tu amigo se ha desmayado Pierre... y es inútil que apartes tu sucia cabeza de asesino. Si no hablas la haré estallar como melón maduro.¹⁰

Desde luego, el método es expedito y, además de ello, muy humanitario, pues si el interrogado se decidiera a hablar, salvaría la vida aun cuando fuera con un ligero impedimento físico, el de sus huesos anquilosados.

Aparte de cumplir con su tarea el agente FBI es también un auxiliar espontáneo de la policía local del país donde ocasionalmente actúa.

⁹ Henry Keystone, *Misión en París*, Madrid, Editorial Castellana, 1975. p. 43.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 45-46.

La novela de espionaje, por otra parte, internacionaliza la imagen de la misión justiciera del **G-man**. No hay otro cómo él para enderezar entuertos.

Veamos este otro despliegue de violencia, administrado esta vez a una mujer, claro, una mujer en democrática igualdad de condiciones:

Penetré como un bólido por la ventana.

¡Apártese, inspector? –aulló.

Al mismo tiempo, me precipité sobre Sue Wong, cuyos ojos almendrados me contemplaban con sorpresa, con estupefacción.

–¡Keeshan! –chilló ella– ¿Qué significa, maldito? Mi empujón a la hermosa oriental lanzó a ésta contra el muro, lejos de Duke, que no entendía nada y habíase apresurado a buscar su arma bajo la americana.

Sue Wong, furiosa, lanzó sus zarpas contra mi rostro, sentí el roce mortífero de las puntas afiladas de sus duras uñas, muy cerca de mi epidermis. Me estremecía, pensando en lo que resultaría de ese arañazo, de llegar a producirse.

No vacilé lo más mínimo, cuando Sue, en su impulso pasó junto a mí, levanté mi rodilla y la descargué contra ella.

Luego martillé brutalmente su hígado, hasta doblarla en el suelo.

–Conrad, suelte a esa mujer, o disparo –chilló el desconcertado Duke.

–¿No lo entiende aún? –mascullé sin dejar de golpear a la joven hermosa, hasta acorralarla e irla derribando lentamente–. ¡Sus uñas son la muerte misma, inspector! ¡Iba a envenenarle de un simple arañazo en su mano!

–Duke, incrédulo, no supo qué decir, pero su arma continuaba apuntándome sin contemplaciones. Cuando hube abatido a Sue definitivamente, él me miraba fijamente, desde atrás del punto de mira.¹¹

La siguiente es una muestra de los rendimientos atribuidos a algunos de los espías asiáticos:

Entró la mujer en su alcoba. También con una bata. Una bata de seda roja, amoldada perfectamente a sus formas arrogantes, a las curvas desnudas de su cuerpo turgente y escultural, sólo envuelto en aquel tejido escarlata, mal anudado sobre la cintura brevísima. Kolnov la contempló en silencio, manteniendo su guardia. La escasa claridad de una persiana

¹¹ Donald Curtis, **Tenebroso laberinto**, México. Ed. América. 1977. pp. 90-91.

entornada, filtrándose por las rendijas de ésta, sólo alcanzaba a descubrir el negro azulado del cabello y el almendrado rasgo de los ojos orientales, oscuros y centelleantes de la joven.

—¿No nos hemos visto antes de ahora, señorita? —preguntó secamente Kolnov.

Ella no contestó directamente a eso. Respiraba con dificultad.

Entre sus manos se agitaba nerviosamente un curioso monedero o bolsito de mano, de tejido de plata.

—Tengo que enseñarle algo, profesor Kolnov —continuó ella en su impecable, correcto ruso. Algo de vital importancia para usted . . . y para mí.

—Veamos qué es, señorita, ¿Quién es usted, ante todo?

—Mi nombre le dirá poco, profesor —sonrió ella. Me llamo Shang Huang. . . Y vea lo que deseo mostrarle. . .

Los ojos de Kolnov se centraron en el monedero de plata con dragones esmaltados. Ella accionó el cierre plateado con un sencillo gesto, como si fuese a abrirlo.

El cierre o broche del monedero centelleó de súbito. Fue un leve, fugaz chispazo azulado, y un chasquido sordo. . . Kolnov osciló. Tuvo un tambaleo, una expresión de sorpresa y aturdimiento. Cuatro o cinco segundos después los ojos del profesor vidriáronse, brotó un estertor ronco en su garganta, y se desplomó en la alfombra. Tras el golpe del cuerpo, una inmovilidad absoluta se apoderó de Kolnov. Estaba muerto.

La mujer se inclinó. Diestra, fríamente, su mano se apoyó en el cuello del hombre, bajo su oreja izquierda. La retiró tras unos segundos de examen. Reapareció la sonrisa en los labios de la visitante de medianoche. Se incorporó.¹²

La muerte viene también por medio de una novedad tecnológica: el reloj matador:

Pero Kervin, contra lo que ella esperaba, no se precipitó sobre las armas de fuego, sino encima de su reloj de pulsera, yacente en el suelo. Lo tomó con mano sudorosa, febril.

Ada venía hacia él ya, en una carrera indómita. Le pisotearía y acribillaría a arañazos mortales, en cuanto le alcanzase. El reloj resbaló de sus manos, pareció que iba a caer.

No cayó. Eso salvó la vida de uno de los combatientes de aquella pugna de pesadilla. La vida de Brian Kervin, M-31.

Alzó el reloj. Apuntó su esfera hacia Ada. Algo receló ella,

¹² Curtis Garland. **Operación terror**. Madrid, Ed. Castellana, 1975. pp. 16-17.

porque se encogió, con un grito, cubriéndose el rostro con ambos brazos. Kervin tiró de la corona del reloj en un esfuerzo postrero.

El reloj disparó la saeta por el orificio del centro de sus agujas. Un silbido seco, un impacto. Ada chilló frotándose rabiosamente el brazo. Goteó sangre. Miró con ojos desorbitados, furiosos, a Brian Kervin.

–¡Perro! –aulló– Me has . . . matado!

–Sí, Ada. Te he matado –asintió él con un jadeo, dejándose caer agotado en el bruñido, negro suelo de la sala de cosméticos de “Vessel Beauty”.¹³

La naturaleza secreta, misteriosa, de las actividades de espionaje, no impide su aparatosidad y ostensible complicación. Cualquier apoyo logístico es siempre posible, no se carece absolutamente de nada, oficinas centrales, agencias en ultramar, enlaces, contactos, correos, estaciones de radio, transportes –el propio espía es una santa bárbara ambulante. Concebido así el espionaje, como el **non plus ultra** de la actividad humana, necesariamente la muerte es más muerte en cuanto es truculenta y aparatosamente enrevesada.

Además, los autores de novelas de espionaje, dan a las escenas violentas y al acto de la muerte, un carácter ridículamente discursivo. Casi todos los espías en trance de morir, o a tiempo de perpetrar violencias, pronuncian breves discursos, cuyos textos no son precisamente la exaltación de la vida o la afirmación de los valores por los cuales luchan, sino más bien desahogos de resentimiento o agónicas concepciones del renunciamiento.

He aquí la “preocupación” de un moribundo:

¿Necesito decirles que el corazón me late, loco, en el pecho, que el sudor me empapa el cuerpo, que experimento una ansiedad indescriptible?

No es sólo por la idea de que vuelvan a molerme a golpes. La resistencia humana tiene un límite que la vida no puede pasar. Me angustia más que el *lasser* sea vendido a una potencia extranjera. Ahora mismo daría la existencia para evitarla, sin más compensación que la del deber cumplido.¹⁴

Autorretrato de un agente del FBI

El protagonista de otro novelón debería vigilar la casa de un científico sospechoso; sin embargo y delegando la vigilancia a un

¹³ *Ibidem*, p. 95.

¹⁴ John A. Lakewood, *Como una pesadilla*, México, Intermex, 1977. Colección FBI, p. 57.

sistema de células fotoeléctricas, el **G-man** puede hacer distintas cosas. Esta vez se pinta de cuerpo entero, conforme se puede apreciar:

Una vez más me digo íntimamente que soy un completo estúpido, que el burro más burro no lo es tanto como yo, que mi mamá querida debió internarme de pequeño en un tonticomio y que si ando a dos pies es por milagro divino.

He consumido mi sexto whisky doble y agoté por segunda vez en el día mis cigarrillos.

Nadie se acuerda de que existo.

El teléfono permanece mudo sobre la desvencijada silla.

Si no fuera porque doy cuatro paseos diarios, convertido en la sombra de Richard Breusac, estaría yo comiendo moscas o preparando manifiestos acerca de la paz y de la concordia que deben existir en el mundo, dos de los más divertidos modos de perder el tiempo que se me ocurren por ahora.¹⁵

Hasta aquí, el soliloquio pone de manifiesto los siguientes aspectos:

1. Autodepreciación irónicamente burda, de las cualidades personales del protagonista.

2. Se inician las alusiones acerca del rasgo característico de los agentes del FBI, su neurosis trasegada en tendencias dipsomaniáticas.

3. Ya, de entrada, aparece "su" soledad como otro rasgo. Al aparecer existe el deseo de mostrar el desarreglo emocional como combustible en la dinámica de los salvadores.

4. Asoma, aun cuando burlonamente planteada, su probable identificación ideológica; pues, según se deja ver, "comer moscas o preparar manifiestos acerca de la paz y la concordia" constituyen su mejor y más divertido modo de perder el tiempo.

Pero, veamos cómo prosiguen las profundas cavilaciones del agente:

He resuelto cuatro libros de crucigramas silábicos; leí unas quinientas novelas policiacas;

maldije en todos los idiomas conocidos y por conocer

tuve recuerdos gratísimos para mi jefe, el inspector Vicent Lubbook, jefe del Departamento Federal de Nueva York y para su ascendencia, desde la primera generación y . . .

¡Tiene cerebro!

Ni en el FBI, ni en ningún sitio, el que obedece se equivoca.

¹⁵ *Ibidem*, p. 5.

En ocasiones es bueno que los que mandan se estrellen, para poderse decir en su cara, con diplomacia, eso sí. Yo lo hice ayer, con un tacto que admira. Aún recuerdo mis palabras.

—Me maravilla tu olfato, jefe. Me duelen las quijadas de tenerlas abiertas, admirativas, al comprobar cómo tus vaticinios se cumplen. Tengo el paladar lleno de polvo y me tragué varios mosquitos!

Tres meses, un día, diez horas, ocho minutos y cuarenta y seis segundos llevo vigilando a ese híbrido de francés y americano y sólo he conseguido mejorar su carácter. ¡De este hecho te ascienden a comisario.¹⁶

El autorretrato, a estas alturas, muestra los siguientes atributos:

1. El agente del FBI ejercita sus aptitudes intelectuales resolviendo crucigramas; es hábil en la pesquisa de los cruceros horizontales y verticales.
2. Durante noventa días ha saciado su hambre cultural con la lectura de quinientas novelas policiacas.
3. Acude al vigor de las imprecaciones groseras y a las rememoraciones maternas. Las agresiones verbales llenan el vacío de la falta de acciones violentas.
4. A pesar de su obediencia, no deja de burlarse íntima y solitariamente de las disposiciones de sus superiores.
5. No obstante todo ello, siempre estará dispuesto a autoflagelarse con la humillación y el servilismo conscientemente admitidos.

El boceto pintarrajeado por las cavilaciones del **G-man** adquiere contornos más precisos con estas facetas:

Uno de mis grandes defectos, según afirman quienes me tratan, es que siempre abordo los problemas de cara, a lo hombre, especie ésta que empieza a ser una curiosidad de museo.

Todos aseguran que soy un cínico, un impertinente y que me eduqué a diez millas de un colegio de paga. En el fondo, muy en el fondo, soy un tímido, introvertido y tal.

Humilde como una gacela adolescente, manso como uno de esos chuchos que ensucian las casas.

Palabra de Robert Laker.

¿Qué culpa tengo yo de ser el mejor en todo, único, extraordinario? Un individuo de esos que ven crecer la

¹⁶ *Ibidem*, pp. 5 y 6.

hierba, y, se apartan para que coman los demás. **Fui número dos de mi promoción en Quántico, número uno en las especialidades que abordé a lo largo de mi carrera en el FBI, no fracasé jamás en ninguna de las misiones que se me encomendaron y... ¡Ah! también fui número uno, y único, como hijo de una mamá varias veces millonaria**¹⁷ No quiero hacer más extensa mi presentación. Mis amigos lectores ya me conocen y me admiran.

Aun cuando aquí concluye el soliloquio autodescriptivo del protagonista de una novela de espionaje, más adelante, como al descuido, pueden todavía encontrarse estas anotaciones:

Mi "Aston Martin", el coche que me regaló mamá, con el depósito de gasolina a tope, se encuentra junto al gran portalón de acceso por si necesito utilizarlo.¹⁸

Miro mi reloj pulsera de oro, también regalo de mamá, quien provee con generosidad mi cuenta corriente para permitirme vivir como un millonario.¹⁹

Me estoy volviendo filósofo y eso no es bueno. Voy a servirme el séptimo whisky, pero no llego a descorchar la botella.²⁰

Hay un monumento nacional a la puerta, una morena de esas que son capaces, con su sola presencia, de parar la circulación en las horas punta en la Quinta Avenida.²¹

La examino como lo que soy, un experto en señoras.²²

Veamos pues cómo en esta última parte, incluidas las acuotaciones al descuido, se ha redondeado, es decir se ha hecho nítida la imagen del agente federal:

1. Es uno de los pocos seres que conservan las peculiaridades del hombre, así como se le idealiza en nuestro sistema, franco, osado y raro como pieza de museo.

2. Sólo si no hubiese estudiado en un colegio privado, de paga, de altas matrículas y colegiaturas, tendría motivos para disminuirse ante quienes le tratan.

3. Aun cuando aparente lo contrario debe ser humilde como una gacela. Extraño requisito, más extraño aún para las propias

¹⁷ *Ibidem*, pp. 6-7. El subrayado es nuestro.

¹⁸ *Ibidem*, p. 9.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 7, 10.

²⁰ *Ibidem*, pp. 7, 10.

²¹ *Ibidem*, pp. 7, 10.

²² *Ibidem*, pp. 7, 10.

gacelas. El requisito relacionado con la mansedumbre de los perros domésticos es todavía más admisible.

4. Ha de ser en todo extraordinario, raro como los hortelanos.

5. Ha de tener capacidad para ser el número dos si no puede ser el uno. Igualmente ha de saber ser el número uno convirtiéndose al otro en número dos. Los demás números no entran para definir su ubicación.

6. No le está permitido el fracaso, ni siquiera cuando deba hacer méritos suficientes para ser hijo único de madre varias veces millonaria.

7. El coche deportivo, de último modelo, y con la gasolina siempre a tope, el reloj de oro para contar las horas de su hastío así como el dinero para sus gastos deben provenir de las arcas maternas; pues, al parecer, la oficina estatal para la cual trabaja, no le provee ni una mísera pitanza.

8. No le es dable pensar, bueno pues, filosofar. El cráneo, dolicocefalo o no, ha de estar siempre apto para encasquetarse un fino sombrero y no para albergar otras funciones.

9. No ha de haber punto de saturación en cuanto a la capacidad para engullirse el contenido de innumerables botellas de whisky.

10. Debe unir a todas sus destrezas, la condición de ser "experto en señoras", incuestionablemente irresistible, además.

Aparte de las características anotadas el agente del FBI ha de poseer otras, intrínsecas, ineludibles. Por ejemplo, nunca será un buen defensor de la democracia si no está provisto de una inagotable capacidad de iniciativa; es decir, debe estar siempre dispuesto a resolver los problemas "según sus propios aires", aun cuando ello signifique provocar el enojo de sus superiores. Ahora bien, "según sus propios aires" quiere decir, inconfundiblemente, "con violencia".

He aquí un ejemplo de ese caudal de iniciativa:

Con una diminuta linterna que jamás me abandona, alumbro mis pasos y penetro en el lavabo. Ana inquiera, a mi izquierda.

-¿Eres tú Robert?

-Sí, ven conmigo.

Una ventana del fondo da a un parque mal cuidado. Sé que atravesándolo en línea recta llegaremos al embarcadero del club, junto al río Harlem.

Ya fuera del edificio corremos.

Apenas hemos recorrido una veintena de metros cuando una sombra se nos cruza en el camino.

Sin detenerme propino un empujón a Ana, derribándola y me lanzo en plancha contra el que intercepta el paso.

Un fognazo alumbra las tinieblas y siento silbar en mi oído izquierdo un proyectil.

La detonación es un "plop" seco, apenas perceptible. No gasto contemplaciones.

Aferro la muñeca armada de mi enemigo y...

¿Ustedes se imaginan a un jaguar monstruoso, hambriento, que echa la zarpa a un cervatillo en el bosque? ¿A un elefante enfadado peinando con una de sus pezuñas el cráneo del cazador que lo hiriera en la trompa, su parte más sensible?

Yo soy peor cuando me enfado.

Retuerzo el brazo de mi adversario y no dejo de hacerlo hasta que un crujido me indica que acabo de partírselo.

Después le hago unas caricias con ambos puños, sin echar mano de mi 38, que jamás utilizo a no ser en casos desesperados.

Remato con un puntapié en la mandíbula del que ha empezado a gemir dolorosamente.

Se calló de golpe.

Han sido cincuenta segundos bien aprovechados.

Sé que el tiempo es exacto porque nunca invierto más en quitar la circulación a un prójimo que me estorba. ¡Sigamos, Ana! ¡Estamos a salvo! ¡Eres fenomenal, Robert!²³

Desde luego, el uso de la violencia, no provoca el enojo de los superiores del FBI. La institución se siente molesta o niega el apoyo a sus dependientes, cuando éstos, penetran en los recintos domiciliarios sin la correspondiente orden de allanamiento, cuando se hiere la respetabilidad de la disposición legalmente establecida. La contravención no es resentida por el número de muertos, por la cantidad de cerraduras fracturadas, o por los rostros más o menos aplastados a fuerza de puntapiés; lo verdaderamente fastidioso ocurre cuando los agentes proceden sin el correspondiente permiso para allanar; los homicidios son lo de menos, siempre podrán esgrimirse razones, como las de la defensa propia; lo ultrajante para el sistema, es la violación de las instituciones, como la propiedad o la inviolabilidad domiciliaria. Es por esta razón como, muchas veces, los inspectores de algún departamento del FBI no "moverán un dedo" para justificar el cometido del agente.²⁴

El autorretrato nos permite llegar a las siguientes conclusiones:

1) Una ironía burda, torpemente elaborada, sirve para hacer pensar en las cualidades opuestas a las mencionadas en el rosario de lamentaciones del agente federal. Aquí las palabras **burro**,

²³ *Ibidem*, pp. 22 y 23.

²⁴ *Ibidem*, p. 26.

estúpido, tonticomio y milagro divino, fungen como ceñidores que hacen visiblemente opulentos la sabiduría, la inteligencia del **G-man** y el carácter elitista y la eficacia de las agencias gubernamentales donde se forman los agentes.

2) El sexo "whisky" doble, la compulsiva necesidad de fumar, la soledad y el teléfono "mudo", llaman la atención sobre el toque **neurótico** como factor deseable para la hipersensibilidad de los servidores de la ley.

3) ¡Cuidado! El no tener a quién vigilar; si el agente no tiene encomendadas misiones de control sobre algunos sospechosos; él mismo puede transformarse en voluntario luchador pacifista.

4) Cuando el agente lee, lo hace para discurrir el aburrimiento o para autoafirmarse en su papel de héroe. No se explica de otra manera la abundancia de crucigramas, desesperadamente resueltos, ni la profusión de relatos policíacos, leídos en la proporción de 5.5 novelas por día.

5) El novelón de espionaje muestra a un personaje, no sólo capaz de ridiculizar a sus superiores, sino también de despreciar e ignorar sus instrucciones; pero, al mismo tiempo, lo muestra dócil y dúctil, maleable, o apto como para tributarles obediencia ciega. La referencia al lenguaje procaz, las maldiciones y los insultos, son apenas un resquicio por donde se evade la carga de violencia contenida.

6) Se tiene la intención de reflejar al hombre, como un espejo, en la imagen del **G-man**. El agente no recoge para su imagen las características del hombre. Se trata de establecer una sinonimia **entre el agente federal y el hombre eficiente para el sistema**. Eso se logra gracias a la combinación de cinismo, impertinencia, aceptación y exclusión con los rasgos de timidez, introversión y manse dumbre. El resultado ha de ser un hombre **extraordinario, único**.

7) El agente federal es perfecto, en toda su cabalidad, si procede de un hogar de millonarios. El propósito es mostrarnos una relativa falsedad: los gastos demandados por las actividades del agente, en su mayor parte, deben ser solventados en forma privada. Esto destaca y muestra como altamente aceptable, el desprendimiento individual en favor del estado o sus agencias precauteladoras del sistema.

8) Finalmente el mérito de su apostura y simpatía es recurso inestimable para armarlo caballero de todas las damas, sean o no, ellas mismas, reclutadas por los servicios del espionaje o contraespionaje adversario.

Acabamos de referirnos a la exaltación del individualismo, a la tecnología de la muerte y a los caracteres del agente de espionaje para asumir la suma de la heroicidad. Cada uno de estos aspectos, dentro de su innegable importancia, viene a constituirse en condiciones básicas; en recursos materiales para la urdimbre de

una trama asentada en la columna vertebral de la intriga internacional.

El enredo internacional en la novela de espionaje no es, desde luego, forzado; pero tampoco conserva la pureza de su carácter natural relacionado con la actividad misma, definida como:

Delito contra la seguridad de un estado consistente en obtener el conocimiento de secretos políticos, económicos y militares con el objeto de comunicarlos a otra potencia.²⁵

Sin embargo, en la generalidad de los textos analizados, ella aparece como esquema fundamental que sustenta todos los actos de miembros del FBI, la CIA o sus agentes auxiliares. La calidad primaria del espionaje aparece como enunciado generalizante, presupuesto y confabulatorio dentro del cual se ha de dar carácter protagónico al episodio, a lo anecdótico y circunstancial. Así el espionaje viene a constituirse en el ámbito genérico y, la violencia, ora asesinatos, torturas, robos, allanamientos, tráfico ilegal de armas, estupefacientes, operaciones clandestinas y algunas modalidades de la trata de blancas, como formas de penetración extranjera en la estructura institucional de las potencias, asumen el carácter de componentes específicos de esta suerte de temática, destinada a llenar cientos de miles de páginas impresas para contribuir al **bagaje** de una literatura aparentemente ociosa; pero profundamente diversionista.

Justamente es en este aspecto donde se presenta la necesidad de reproducción del sistema, tratando de imponer, por la vía del consentimiento, contenidos aparentemente pueriles, conductas superficialmente juzgadas como estrambóticas o risueñamente estimuladoras del ego personal; pero profundamente compenetradas de una fuerte e inagotable reserva ideológica capaz de acomodar en la enseñanza de la irrealidad, el olvido y la insensibilidad de lo real, miserable, canallesco y ultrajante. Neutralizar, mediatizar, generar la apatía, es ya una forma de reproducir el sistema. Está permaneciendo por la omisión fructificada en conformismo.

Este es un modo de trascender la postura polémica entre oriente y occidente, aun cuando su contenido ideológico aparezca depauperado por el nivel de fricción barata y populachera puesto en juego. Es la continuación de la guerra fría. Se expresa también como oficiosa renuncia a la política de distensión.

Como objetivo inmediato se preocupa de fortalecer, aun cuando sea en forma burda y machacona, el lado bueno, admirable y digno de imitación, atribuido a los agentes norteamericanos.

Trata, al mismo tiempo, de mostrar lo despreciable y digno de rechazo de los agentes de inteligencia del mundo opuesto al sistema. No pocas veces los espías comunistas son adornados con tintes de piadosa comprensión o conmiseración cuando deciden pasarse a las filas de la democracia.

La intriga internacional en el ámbito de la ficción viene a constituirse en la mejor ruta para transformar la traición, la deslealtad, la vendimia, en valores morales opuestos delineados por el sistema como el patriotismo, la lealtad y la conciencia nacionalista de la libertad.

La realidad de cuanto acontece en el mundo del espionaje nutre la trama de la ficción. Así, por ejemplo, una cita del folleto "La CIA en América Latina", dice:

... la CIA manipuló al Presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, condujo un programa masivo de asesinatos y torturas contra "sospechosos" de colaborar con el Vietcong y realiza fabulosas actividades de especulación en el mercado negro vietnamita...²⁶

Y en torno al mismo asunto, en la novela "Los tres días del cóndor" se hace la siguiente mención:

En el año 1968, y como parte de su auxilio hacia un gobierno anticomunista y atribulado, la CIA ayudó a ciertas tribus **Meo** de Laos, con la más importante actividad comercial de esa área: la producción de narcóticos. Además de la lucha que se desarrollaba ahí, existía una especie de guerra entre bandos comerciales competidores en el ramo. Nuestra gente auxilió a uno de los bandos empleando aviones de carga para transportar los opiatos no procesados a lo largo de su ruta comercial. Desde el punto de vista de la CIA todo el asunto era muy ortodoxo, aunque me imagino que mucha gente reprobaría el hecho de que los Estados Unidos traficara con drogas.²⁷

La intriga internacional de la novela de espionaje conjuga, opone y complementa con la realidad, los siguientes elementos:

1. Se especula acerca de las diferencias de opinión entre el establecimiento y sus agentes, acerca de la guerra fría y la política de distensión.

En la vida real se asume la estrategia verbal de la distensión;

²⁵ Diccionario Enciclopédico Larousse, México, Ediciones Larousse, p. 377.

²⁶ **La CIA en América Latina**, Bogota, Colombia, Ediciones Alternativa, 1976.

²⁷ James Grady, **Los tres días del Condor**, México, Ed. V Siglos, 1974, p. 144.

pero en la narrativa laudatoria del espionaje norteamericano, se engrasa y pone la metralleta ideológica de una guerra fría; tanto más pernicioso en cuanto se hace recurso didáctico de masas.

La CIA y otros instrumentos de intervención son pavorosas criaturas de la Guerra Fría, y... sus actividades no cesarán en el futuro y... la política exterior norteamericana afirmará su carácter agresivo...²⁸

2. La agencia niega en la vida real toda posible intromisión en la política interna de otros países. "No es cierto, no estuvimos en Bahía de Cochinos". "No se trataba de asesinar al presidente Allende, se supone que renunciaría y obtendría un perdón".²⁹

Pero, en la novelería del espionaje se muestra paso a paso y se hace alarde de la movilización de los recursos de la CIA, para interferir, desestabilizar, asesinar y derrocar regímenes populares.

3. Se modifica, en la vida real, los alcances del sentido tradicional del espionaje. Ya no se trata solamente de obtener información política, militar y económica, en el seno de una potencia enemiga.

Ahora el espionaje se emplea para controlar, vigilar y orientar la vida política interna. Ejemplos: el caso Watergate, la persecución de veteranos y desertores de la guerra del Vietnam.

Lo mismo ocurre en la ficción aventurera del espionaje, cuando su trama ubica traidores en el seno de la propia agencia: presuntos secuestradores del presidente Nixon o bandas integradas por funcionarios de la cúpula de la agencia, para traficar con estupeficientes. Sin embargo, esta desviación de los fines y propósitos de la agencia no se reputa nunca como traición, es simplemente, el deseo de aumentar los ingresos personales. La lealtad no está en juego aun cuando el agente se convierta en vulgar traficante.

4. En la vida real las operaciones clandestinas de la agencia han rebasado el control natural de su propia legislación. Así como es impune para actuar dentro del propio territorio norteamericano, la agencia se convierte en un superpoder que derroca, cuando quiere, a cualquier gobierno del mundo.³⁰

En la novela de espionaje se alude a las estratagemas puestas en juego para lograr esos propósitos; se organizan aparatos de apoyo para políticos amañados, se compran votos, se controlan organizaciones sindicales, se orquesta golpes incruentos y, en su defecto, se contrata asesinos.

5. Una desincronización entre la vida real y la novela: En opinión de los especialistas norteamericanos en este campo, la utilización de material humano en las operaciones clandestinas se

²⁸ *Ibidem.*

²⁹ *Ibidem.*

³⁰ *Ibidem.*

ha hecho obsoleta, por las posibilidades crecientes de utilizar los adelantos técnicos con los mismos fines.³¹

La novela de espionaje, en cambio, no ha podido todavía rebasar la tendencia al elogio individual ni prescindir del "heroico" material humano. La maquinización del espionaje marcha lentamente, aun cuando para algunos menesteres aislados se disponga ya de una tecnología avanzada, portátil y sofisticada.

6. La agencia, en la vida real, se ha visto frente a un grave problema: son cada vez más comunes las revelaciones de ex-agentes acerca de sus actividades secretas. Tales hechos perturban la política de dominación del sistema apoyada por la agencia.

Eso sería inadmisibile en el contexto de la ficción. Cualquier agente preferirá la muerte física o civil antes de cometer tales indiscreciones. Aquí la novela funge como escuela para afirmar el concepto de la lealtad a fardo cerrado y, desde luego, está lejos de someterse a discusión.

En conclusión, toda la tramoya del espionaje, los sobrehumanos esfuerzos atribuidos al agente del FBI o de la CIA; su incomparable capacidad física, sus músculos tiesos, firmes, inalterables, perfectamente controlados, su indiferente predisposición a la tarea sexual o a enfriarse como témpano por su propia decisión; la singular destreza de sus manos para blandir el puñal, artillar las pistolas o arrojar las granadas; su natural tendencia a automatizarse o dormir con un ojo abierto y otro cerrado; su archidemostrada sapiencia, su alto coeficiente de inteligencia; su aparato digestivo a prueba de las más locas y estremecedoras dispepsias, esa admirable familiaridad para desplazarse, tanto en las zonas residenciales de cualquier ciudad del mundo como en sus barrios más bajos; el caudaloso río de simpatía desbordado tanto en lupanares, garitos, academias de baile, restaurantes, oficinas públicas, gerencias financieras o alcobas privadas, esa incommovible seguridad de saberse el justiciero universal, son, acaso, las más difíciles, las más imposibles, las más increíbles de las misiones que tiene asignadas.

Hay una, sin embargo, intangible, aparentemente gris, obvia de toda obviedad, casi siempre desapercibida ante los más grandes ojos y las mentes más lúcidas; no muy notoria pero efectiva, una tarea sencilla, la misión más fácil del agente 007 que es como comerse un emparedado a las once de la mañana, en medio de muchachos sonrientes, de trabajadores afanosos, de burócratas acicalados, de intelectuales despistados, de gobernantes preocupados, de comerciantes sometidos a dieta y académicos teorizantes. Fácil misión la del Agente 007, estar comiéndose todos los días un emparedado de huevos con jamón. ¡Cuidado, compañero, el jamón puede ser usted y los huevos pueden ser los suyos!

³¹ *Ibidem.*

Así, la vida discurre, prosigue febril, indetenible y un día amanecemos castrados, ahumados y emparedados. Flotamos así, o andamos con la torpeza de los patos en el charco de la omisión.

¡Habrás visto tamaño disparate, ahora me vienen con el cuento de las novelistas de espionaje, convertidas en armas de dominación imperialista!

Tal vez sí, tal vez no, pero he aquí una prudente sugerencia:

Si alguna vez se ha sentido usted como el jamón y los huevos emparedados, revélese contra la historia del simpático y agresivo agente que se lo está devorando en el engañoso mundo de la violencia dignificada para salvar los valores democráticos; pero si no lo ha sentido, si no se da cuenta de alguien, mordiéndolo a dentelladas, minuto a minuto, día tras día, esa es una lástima, una verdadera lástima. Entretanto el agente 007 sigue desempeñando su misión más fácil: la de mantenernos engañados.

Ciudad Universitaria, julio de 1978